

CAPÍTULO XVI

Organiza Rayón la Junta de Zitácuaro. — Miembros que la formaron. — Sus primeros trabajos. — Publicistas de la Junta. — Imprenta fabricada por el doctor Cos. — Varios jefes no reconocen la autoridad de la Junta. — Se alarma el gobierno vireinal con el establecimiento de ésta. — Calleja pone á precio la cabeza de Rayón. — El obispo Campillo envía un manifiesto y emisarios á Rayón y á Morelos. — Respuestas de estos últimos. — Quintana Roo. — Vigorosas disposiciones militares de Venegas. — Ordena la marcha de Castillo y Bustamante contra los insurgentes de Michoacán. — Triunfa este jefe español en Acuitzio y Zipimeo. — Fusilamiento de los trescientos prisioneros independientes que cayéron en este último encuentro. — Correrías de los independientes de Zitácuaro por la intendencia de México. — El virey confía la defensa de Toluca al coronel Porlier. — Derrota que sufre éste en el cerro de Tenango. — Recibe refuerzos y desbarata el 21 de octubre á las partidas de independientes en el cerro del Calvario. — Ordena el virey Venegas á Calleja que marche contra Zitácuaro. — Disposiciones de este último general. — Sale de Guansajuato el 11 de noviembre. — Quince días más tarde ataca Albino García á Guanajuato y es rechazado. — Este célebre guerrillero invade y saquea pocos días después la villa de San Miguel y los pueblos de Dolores y San Felipe. — Hecho heroico de Villalongín. — El ayuntamiento de la antigua Valladolid perpetúa su memoria. — Diversos hechos de armas ocurridos en los últimos meses de 1811. — Nueva Galicia. — Querétaro. — Las guerrillas del cura Correa, de Anaya y de los Villagrañes. — Tampico y la Huasteca. — Osorno en los Llanos de Apam. — Únesele don Mariano Aldama. — Muerte de éste — Juntanse á Osorno don Eugenio Montañó y don Miguel Serrano. — Crueldad del coronel realista don Ciriaco del Llano. — Primeros movimientos en la provincia de Oaxaca. — Son reprimidos. — Morelos sale de Chilapa y se dirige á Tlapa. — Marcha contra Chiautla y derrota al jefe español Musitu. — Entrada de Morelos en Izúcar. — Se le presenta el cura don Mariano Matamoros — Sale de Puebla el realista Soto-Maceda para atacar á Morelos. — Derrota y muerte de Soto-Maceda. — Sale Morelos de Izúcar y se dirige á Cuautla. — Galeana vence á los realistas en Tepecuacuilco y Taxco. — El obispo de Oaxaca Bergosa es nombrado á fines del año arzobispo de México. — Bandos despóticos del virey Venegas. — Disidencias en la Junta de Zitácuaro. — Esta ordena el fusilamiento del capitán de fragata don Manuel de Céspedes. — Proclama de la Junta con este motivo. — Condena y fusilamiento del insurgente don Tomás Ortiz ordenado por la misma Junta. — Fin del año de 1811 — Importancia respectiva de Calleja y de Morelos. — Reflexiones.

Las victorias alcanzadas por Rayón en la hasta entonces no domada Zitácuaro, y el deseo persistente de ese jefe de establecer un gobierno que regularizara la revolución y fuese el centro directivo de todas las operaciones de la guerra, determináronle á inaugurar las funciones de una autoridad de la que dependiesen los demás jefes y que comunicase mayor y más combinado y vigoroso impulso á los movimientos de las tropas que defendían la independencia. Triunfante de Emparán, seguro de no ser atacado en mucho tiempo, y dividida la atención del gobierno vireinal por las repetidas y brillantes ventajas de Morelos en el indómito y ardiente territorio del Sur, Rayón creyó llegado el momento de erigir una junta de gobierno, de la cual propúsose ser el alma y la inteligencia, ya que había sido el brazo sostenedor de la revolución en los momentos supremos de la derrota y del universal desaliento.

No brilla impunemente el mérito de los caudillos de una causa nobilísima, ni de esta ley histórica pudo escapar el limpio nombre del esforzado campeón que recibiera de los primeros defensores de la libertad mexicana la ardua, altísima empresa de continuar la obra por ellos empezada. Así el deturpador constante de la independencia de México achaca á motivos de ambición personal el propósito de Rayón al inaugurar la Junta de

Zitácuaro ¹, si bien agrega poco después que esta pretensión del jefe independiente era entonces conforme con la conveniencia pública. «La convicción que alentaba este ilustre caudillo de que una junta por él dirigida fuese el mejor centro de la revolución, dice un biógrafo del esforzado patricio ², determinóle, pues, á constituir, como algunos meses antes los primeros héroes de la independencia le nombraron su sucesor, dándole el mando de sus ejércitos y confiándole los últimos elementos de resistencia que poseían aún, y con ellos los riesgos y la responsabilidad de tan osada empresa.»

El 19 de agosto de 1811, el general don Ignacio López Rayón dió principio á su propósito celebrando una acta con el teniente general don José María Liceaga, la que fué autorizada por el prosecretario don Joaquín López, declarándose en ella la necesidad que había de

¹ «... Intentó (Rayón) formar un gobierno, siendo su plan que la autoridad recayese en él mismo. Todos los creadores de gobiernos y fundadores de repúblicas se tienen siempre por más dignos que otro alguno de ocupar el supremo poder. Bernardino de Saint-Pierre, que pasó su juventud proyectando repúblicas en Crimea y Madagascar, cuando la hora del desengaño llegó, á la vista de los horrores de la revolución francesa, con la ingenuidad que acostumbra confiesa que en todos los planes que formó nunca pensó que pudiese él mismo ocupar otro lugar que el de presidente...» — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 377.

² *Biografía de Rayón*. (*Hombres ilustres mexicanos*, tomo III, pág. 519.)

establecer una junta suprema que *organizara los ejércitos, protegiera la justa causa y libertara á la patria de la opresión y yugo que habia sufrido por espacio de tres siglos*. Acto continuo fueron convocados los jefes de más importancia que se hallaban en Zitácuaro ¹, á los cuales se pidió su voto sobre el contenido de la mencionada acta, adhiriéndose desde luego unánimemente al principio que en ella quedó consignado. Procedióse en seguida al nombramiento, por los mismos individuos que habían concurrido á la reunión, resultando electos don José Ignacio Rayón, en calidad de presidente, y en la de vocales don José María Liceaga y el doctor don José Sixto Berdusco, cura de Tusantla.

Hemos dado á conocer en el curso de esta historia al general Rayón. Respecto de los otros dos miembros de la Junta de Zitácuaro, Liceaga se había distinguido ya por su ardiente adhesión á la causa de la independencia, aunque no siempre la fortuna le protegió como jefe en los campos de batalla ², y Berdusco aparecía por primera vez en el palenque de la revolución y desde su humilde curato de Tusantla se alzaba al alto puesto de miembro de la Junta directiva. Hombre de intenso patriotismo, no conformaban en él las virtudes cívicas con sus humildes dotes intelectuales.

Adoptó aquel gobierno el título de «Suprema Junta nacional americana» y creyeron debido los miembros que lo formaron anunciar al pueblo mexicano ³ su instalación

¹ Concurrieron á esta Junta, aparte de Rayón, Liceaga y López, don Ignacio Martínez, mariscal de campo; don Tomás Ortiz; don Benedicto López, mariscal de campo; don José Vargas, brigadier; don Juan Albarrán, brigadier; don José Ignacio Ponce de Leon, cuartel maestre general; don Manuel Manso, comisionado general; don José Miguel Serrano, coronel, como representante de Huidobro; don Remigio de Yarza, como representante del mariscal de campo don José Antonio Torres; don J. Ignacio Eizaguirre, y don José Sixto Berdusco, cura de Tusantla. — ALAMÁN. — *Historia de México*, t. II, pág. 379.

² Capítulo XIV.

³ Hé aquí el manifiesto de la Junta: (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo III, pág. 340).

«*El Sr. D. Fernando Séptimo y en su Real nombre la Suprema Junta Nacional Americana, instalada para la conservación de sus Derechos, Defensa de la Religión Santa é indemnización y libertad de nuestra oprimida Patria.*

»La falta de un Jefe Supremo en quien se depositasen las confianzas de la nación y á quien todos obedeciesen, nos iba á precipitar en la más funesta anarquía; el desorden, la confusión, el despotismo y sus consecuencias necesarias eran los amargos frutos que comenzábamos á gustar después de once meses de trabajos y desvelos incesantes por el bien de la Patria. Para ocurrir á tamaño mal y llenar las ideas adoptadas por nuestro Gobierno y primeros representantes de la nación, se ha considerado de absoluta necesidad erigir un tribunal á quien se reconozca por supremo y á quien todos obedezcan, que arregle el plan de operaciones en toda nuestra América y dicte las providencias oportunas al buen orden político y económico. En efecto, en junta de Generales celebrada el diez y nueve de este Agosto, se acordó en su primera la instalación de una suprema junta Nacional Americana compuesta por ahora de tres individuos, quedando dos vacantes para que las ocupe, cuando se presente ocasión, igual número de sujetos beneméritos. Se acordó también en el segundo que la elección recayese en las personas de los Exmos. SS. Licenciado D. Ignacio Rayón, Ministro de la nación; Dr. D. José Sixto Berdusco, y Teniente General D. José María Liceaga. Y para que llegue á noticia de todos y sus Ordenes, Decretos y disposiciones sean puntual y eficazmente obedecidos, se publica por bando, el que se fijará según estilo en los lugares acostumbrados para su observancia y debido cumplimiento, debiendo solemnizarse con las demostraciones más demostrativas de júbilo

y los propósitos que alentaban, mandando que se solemnizara un acontecimiento que debía influir poderosamente en el éxito de la lucha gigantesca comenzada con tan pobre acopio de elementos.

Grande actividad desplegaron los miembros de la Junta de Zitácuaro, apenas inauguraron sus altas é importantes funciones. Pusiéronse desde luego en comunicación con todos los partidarios de la independencia que alentaban en las grandes ciudades del vireinato, contándose á millares sus corresponsales en la capital misma. Trataron de organizar y robustecer las fuerzas diseminadas en la vasta extensión del suelo mexicano por donde había cundido el incendio del levantamiento, expidiendo con tales fines bandos, reglamentos, órdenes, circulares y providencias de todo género, distinguiéndose una serie de medidas enderezadas á establecer la posible regularidad en el ramo de hacienda; y lo que enaltece quizás los servicios de aquellos distinguidos varones más y con mayor brillo, fué su empeño en atenuar los horrores de aquella guerra de exterminio, tratando con humanidad á los prisioneros enemigos, y tanto que muchos de ellos pidieron ser admitidos, y lo fueron, en las filas de los americanos ¹. No se ocultó á los patricios sobre cuyos hombros gravitaba tan pesada carga la necesidad de propagar el convencimiento en las masas y de difundir la idea de independencia, demostrando las ventajas que resultarían al país de tener un gobierno propio. Con estos fines, establecieron dos periódicos en los que las plumas de Rayón, de Quintana Roo, y algo más tarde la del doctor don José María Cos, dilucidaron con ardiente entusiasmo y copia de doctrina las cuestiones sociales y políticas que hasta entonces habían sido ignoradas por los habitantes de esta parte del Nuevo Mundo.

Para propagar esos escritos fué necesario todo el esfuerzo de los miembros de la Junta; gravísimas eran las dificultades que para ello se ofrecían, pero grande fué la resolución que tuvieron para vencerlas: privada aquella corporación de útiles de imprenta, que no estaban á su alcance entre los bosques y quebradas de la áspera sierra de Zitácuaro, suplió la industria paciente y admirable del doctor Cos para conseguir una de madera, cuyos caracteres, formados por su propia mano, bastaron para habilitar cinco pliegos y publicar por algunos meses el *Ilustrador Americano*, periódico semanario que llevaba en sus hojas la esperanza á todos los amantes de la

un establecimiento que nos hace esperar muy en breve la libertad de nuestra patria con la conminación de ser castigados los contraventores con proporción á su inobediencia. Dado en nuestro Palacio Nacional de la Villa de Zitácuaro, á veintidós días del mes de Agosto de mil ochocientos once. — Firmado. — *Lic. Ignacio Rayón*. — *Dr. José Sixto Berdusco*. — *José María Liceaga*. — Por mandado de su majestad la Suprema Junta Nacional, *Remigio de Yarza*, Secretario.

»Es copia de que certifico. Palacio Nacional de Zitácuaro, Octubre 20 de 1811. — *Remigio de Yarza*, Secretario.

»Es copia de que certifico. — Una rúbrica.»

¹ J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, página 193.

libertad mexicana, é infundía mayor valor en sus armados defensores. Algún tiempo después de instalada la Junta pudieron sus corresponsales de México enviarle una pequeña imprenta que fué un poderoso auxilio en aquellas circunstancias ¹. Ella sirvió á la misma Junta, en Sultepec, algo más tarde, para multitud de publicaciones importantes, siendo una de ellas, dice un biógrafo del ilustre Rayón, «la del célebre plan de paz y guerra que formó el doctor Cos, y propuso al virey y á las autoridades del reino á nombre de la Junta, como un testimonio de sus buenos deseos por la primera, y de que fuesen respetados el derecho natural y el de gentes, caso de continuarse la segunda ².»

No fué posible, empero, que la autoridad de la Junta de Zitácuaro quedase desde luego reconocida por todos los jefes de las partidas armadas que apellidaban la independencia. Dadas la confusión y presteza con que se había organizado la revolución, muchos de esos corifeos mal se avenían á la obediencia de un poder central que, aparte de prescribirles una acción ordenada y regular, pudiera irles á la mano en sus tendencias al desconcierto y al pillaje. Así, ni Albino García, que llenaba con su nombre la importante intendencia de Guanajuato, ni los Villagranes, que esparcían el espanto por el rumbo norte de la de México se doblegaron al

¹ «Entretanto recibieron los miembros de la Junta de sus corresponsales de México un auxilio importante, que fué el mejor servicio que en aquellas circunstancias podían hacer á la causa: una casa española establecida en México que comerciaba en libros y se correspondía con otra de Valencia, dió punto á sus negocios, y entre otras de las existencias que se pusieron en venta había un retal de imprenta medianamente surtido; luego que el abogado Guzmán tuvo noticia de él, propuso á sus compañeros Guerra, Llave, Díaz y otros comprarlo á escote y enviarlo á la Junta. La menor de las dificultades que ofrecía el proyecto era la de reunir la cantidad necesaria para pagar el retal, que se aprontó desde luego; pero subsistía la de encontrarse una persona que quisiese presentarse como comprador, y esto era muy difícil en un tiempo en que nadie podía tener imprenta sin permiso del gobierno, que entonces más que antes se negaba á concederlo por los temores fundados de que de ella se hiciese uso de un modo perjudicial á los intereses de la causa española. El patriotismo de un hombre que vivía cómodamente allanó esta segunda dificultad: don José María Rebelo, como oficial de la imprenta de un español llamado Arispe, y que nadie sospechaba fuese afecto á la insurrección, se ofreció no solo á dar su nombre para la compra, sino también á llevar él mismo la imprenta al punto que designase la Junta, á montarla y á servir en ella como su director. Comprometido Rebelo, se procuró abreviar el negocio lo posible para evitar las sospechas que la dilación podría causar. La imprenta se pagó en más del doble de lo que valía, pues se dieron ochocientos pesos por ella, é inmediatamente se trató de sacarla de la ciudad; pero este paso, que no debía dilatarse, ofrecía nuevas y mayores dificultades, porque siendo los cajones en que la letra era conducida un objeto voluminoso, no podían extraerse sin iniciar á algunas personas en el secreto y exponerse á que no fuese guardado. Después de haber discurrido largo tiempo, se eligió el medio que estaba sujeto á menos inconvenientes y fué llevar todos los útiles de imprenta en un coche, en que debía salir acompañada de otras señoras la esposa de don Benito Guerra, pretextando un paseo para una hacienda próxima á Leon. El coche llegó sin novedad á este último punto, y Rebelo se puso en camino con la imprenta por sendas extraviadas, llegando con felicidad á su destino. Todo el tiempo que esta imprenta subsistió, la dirigió y administró Rebelo, y cuando en 1814 acabó de perderse el resto que de ella quedaba, se agregó su director á la división del general Victoria, donde sirvió hasta que, conduciendo comunicaciones de Zacatlán á Apatzingan, fué hecho prisionero y fusilado por los españoles.—J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, págs. 215 y 216.

² *Biografía de Rayón. (Hombres ilustres mexicanos, tomo III, pág. 523).*

nuevo poder regulador que se alzaba en Zitácuaro. El mismo Morelos, aunque reconociéndole, no se plegó por entonces á sus instrucciones y continuó inspirándose en su propio genio para la dirección de sus operaciones militares.

Pero al gobierno vireinal no se ocultó la trascendencia que pudiera alcanzar la erección de un centro directivo al que obedeciesen las diversas partidas que se alzaban en armas por todos los rumbos del reino, y desde luego se apercibió á dirigir una nueva campaña sobre Zitácuaro. Entretanto, Calleja se apresuró á publicar una proclama (Guanajuato, 28 de setiembre) dando conocimiento de la formación de la Junta y de las órdenes que la misma había mandado circular para que se la reconociese y obedeciese, por lo que declaraba que no existía otra junta nacional que las Cortes reunidas en España para la que habían sido elegidos diputados por las provincias de Nueva España, ni en ésta otra autoridad legítimamente emanada del soberano que el virey. Anunciaba su próxima marcha hacia la rebelde Zitácuaro, y con el fin de evitar el derramamiento de sangre, ofrecía una gratificación de diez mil pesos á quien entregase vivo ó muerto á Rayón ó á cualquiera de sus asociados en la Junta. Renovaba de esta suerte el bando inmoral de Venegas á raíz de la revolución, poniendo á precio las cabezas de Hidalgo, Allende y de sus principales compañeros; y concedía indulto por todos los crímenes anteriores y entera seguridad á quien así lo hiciese.

Algunos días antes, el obispo de Puebla don Manuel González del Campillo, ardiente partidario de la dominación española, había propuesto á Venegas enviar á Rayón y Morelos un manifiesto con el fin de que depusiesen las armas. Este plan, aceptado por el virey el 12 de setiembre de aquel año ¹, se prosiguió con la marcha del cura don Antonio Palafox á Zitácuaro, portador de un largo y descosido manifiesto y de una carta que su superior dirigía al preclaro Rayón. Pero tanto éste como Morelos contestaron con firmeza y decoro rechazando las tentadoras promesas del obispo y afirmando su resolución de continuar la lucha: «la estrechez del tiempo, decía el primero en su respuesta, y lo angustiado de las circunstancias no me permiten exponer lo conducente á la organización de un gobierno nacional, y sí sólo decir á V. I. que no hay medio entre admitir este régimen político ó sufrir los estragos de la más sangrienta guerra. La Nación ha conocido sus derechos vulnerados, está comprometida, y no puede desentenderse de ellos, ni mucho menos de los clamores de la religión y de la humanidad.» Morelos, desde Tlapa, contestaba entre otras cosas al fogoso obispo de Puebla: «...Ilustrísimo Señor, la justicia de nuestra causa es *per se nota*, y era necesario poner á los americanos no

¹ Véanse estos documentos en la *Colección* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, págs. 457-481.

sólo sordos á las mudas, pero elocuentes voces de la naturaleza y de la religión, sino también sus almas sin potencias para que ni se acordaran, pensarán, ni amaran sus derechos. Por pública no necesita de prueba; ...la verdad, Ilustrísimo Señor, que V. I. nos ha hecho poco favor en su manifiesto, porque en él no ha hecho más que denigrar nuestra conducta, ocultar nuestros derechos y elogiar á los europeos, lo cual es un gran deshonor á la Nación y á sus armas." Y no pudiendo nada los halagos se recurrió por los enemigos de la independencia

á la alevosía comisionando para asesinar á Rayón á un tal Arnoldo, que fué descubierto y fusilado ¹.

Quintana Roo, natural de Yucatán y que acababa de recibir en México su título de abogado, se esforzaba por difundir en el *Ilustrador Americano* el santo amor á la emancipación de la colonia. Hombre de talento sólido y profundo, que perfeccionó más tarde con el estudio de las ciencias morales y políticas, dió desde entonces muestras esplendentes de su buen gusto literario, del conocimiento concienzudo del idioma, y de lo



Don Andrés Quintana Roo

que vale más, de un ánimo esforzado capaz de afrontar hasta el martirio en defensa de la patria. Léase el *Ilustrador Americano* por todas partes con avidez y aprecio; circulaba de mano en mano en las ciudades y los pueblos, y sus virilés acentos eran á modo de llamada patriótica que provocaba constante emigración de jóvenes que salían de los lugares sujetos á la dominación española y corrían á unirse con los insurgentes.

En tanto que la Junta de Zitácuaro desplegaba heroicos esfuerzos para organizar y unir bajo su dirección tantos elementos y voluntades que antes habían obrado al acaso ó bajo la inspiración del momento, dictaba

el virey Venegas nuevas y vigorosas disposiciones para reprimir la insurrección. De las tropas que al mando de Emparán hemos visto retroceder en gran desorden hasta Toluca hizo marchar á Valladolid en los primeros días de agosto una brigada de las tres armas al mando del teniente coronel Castillo y Bustamante, dejando en la primera de estas dos ciudades al coronel Ibarri á la cabeza del primer batallón de la Corona. Engrosadas las filas de Castillo y Bustamante con las tropas de Linares y algunas otras que se hallaban en Valladolid, salió de esta última ciudad el 6 de setiembre de 1811

¹ *Biografía de Rayón. (Hombres ilustres mexicanos, tomo III, pág. 524).*

en busca del jefe independiente Muñiz que al frente de ocho mil hombres y trece cañones se hallaba situado en la loma de San Juan, próxima al pueblo de Acuitzio.

La columna realista cargó denodadamente el 7 de setiembre las fuertes posiciones de los independientes, y después de quitarles toda su artillería marchó hacia Pátzcuaro donde se hallaban don José Antonio Torres y el padre Navarrete con gran golpe de gente y veintidós cañones. No considerando estos jefes defender con éxito la población, se retiraron á las lomas de Zipimeo colocando en sendas eminencias sus cañones en batería convergente, resueltos á disputar el paso al enemigo. Castillo y Bustamante no tardó en aparecer á la madrugada del 14 de setiembre, cambiando desde luego un violento y sostenido cañoneo con las piezas de los insurgentes, en tanto que el teniente coronel Echeagaray y Bocio con dos escuadrones de dragones de México rodeaba la eminencia de la derecha y caía impetuosamente sobre la retaguardia de la batería sobre ella colocada. Este audaz y bien ejecutado movimiento desconcertó á los independientes, que abandonaron su artillería y se pusieron en fuga, siendo perseguidos tenazmente por un trozo de caballería á las órdenes de don Agustín de Iturbide, que servía á la sazón en calidad de ayudante del teniente coronel Castillo. Los prisioneros que se hicieron, en número de trescientos, fueron fusilados sobre el mismo campo de batalla ¹.

Las dos últimas victorias que acabamos de señalar, alcanzadas por las armas realistas, conjuraron de pronto el peligro que por algún tiempo había amenazado á Valladolid, cuya guarnición, reforzada por el virey, mantuvo la dictadura de don Torcuato Trujillo, que cada día era más insoportable á sus vecinos y autoridades. Después del triunfo de Zipimeo, las tropas realistas se

Facsimile de la firma del jefe realista Castillo y Bustamante

dividieron en dos secciones, y mientras que Castillo y Bustamante recorría Urecho, Tacámbaro y otros pueblos, destruyendo en el segundo de estos lugares la fundición de cañones establecida por el capitán general Muñiz y fusilando sin piedad á cuantos prisioneros caían en sus manos, Linares marchaba por los pueblos colindantes con la provincia de Guanajuato, y extendía sus

correrías hasta Zamora con el fin de restablecer la comunicación entre Guadalajara y Valladolid.

Pero si la capital de Michoacán se vió por algún tiempo libre de las numerosas partidas que durante varios meses la amagaron, Toluca y las demás poblaciones situadas al poniente de la intendencia de México quedaron expuestas á las diversiones militares de Rayón y de sus inmediatos tenientes. Su hermano don Ramón, al frente de cuatrocientos hombres por él mismo organizados y disciplinados, arrojó de Ixtlahuaca el 11 de setiembre á los cuerpos de *patriotas* levantados en este pueblo y sus inmediatas haciendas por don Juan García de la Cuesta, y los jefes independientes Oviedo y Canseco ocuparon el cerro de Tenango llegando en sus correrías hasta las inmediaciones de Toluca. En vista de este nuevo peligro, el virey hizo venir desde Guadalajara al coronel don Rosendo Porlier, á quien confió las reliquias de la antigua división de Emparán, con órdenes terminantes de conservar á Toluca á todo trance y de procurar la destrucción de las partidas de insurgentes que se desbordaban desde los desfiladeros de Zitácuaro hacia las llanuras de la intendencia de México.

Porlier, á quien hemos visto desplegar una ferocidad insaciable en Nueva Galicia, emulando al odioso Cruz y al tristemente célebre Trujillo, dió nuevas pruebas de su ingénita crueldad en el terreno que acababa de confiarle la autoridad superior del vireinato. Lejos de reducirse á defender la plaza de Toluca, tomó desde luego la ofensiva, y en los postreros días de setiembre emprendió el ataque del cerro de Tenango defendido por numerosa gente y obstruido por hondas cortaduras y gruesos peñascos que los independientes hacían rodar sobre los asaltantes. En vano Porlier hizo avanzar por la izquierda de la posición al regimiento de Marina y por la derecha al batallón de la Corona, que ni uno ni otro pudieron llegar á la cima y tuvieron que retroceder maltrechos hasta Toluca dejando sobre el campo de batalla el cadáver del valiente mayor Villalva.

Engreídos los independientes con esta notable ventaja que produjo grande entusiasmo en toda la zona de Zitácuaro, reuniéronse en número considerable, y en la primera quincena de octubre estrecharon rudamente á Toluca al extremo de obligar á Porlier á permanecer encerrado en la ciudad guareciéndose tras sus fuertes trincheras. Continuados ataques dirigieron los independientes y pusieron en tal aprieto á los defensores de Toluca, que el virey hubo de disponer la violenta salida para aquel rumbo del capitán de fragata don José María Cueva al frente de cuatrocientos soldados de infantería, de cien dragones y de dos piezas de a cuatro. Con este refuerzo, posible fué á Porlier organizar una columna de ataque, la que en la madrugada del 21 de octubre logró desalojar de la fuerte posición del Calvario á los insurgentes Oviedo, Albarrán, Rosales y Montes de Oca, quienes perdieron toda su artillería y pertrechos y se

¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 388, edición de 1850. — J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, pág. 243.

dispersaron en distintas direcciones. Quedaron cien prisioneros en poder del vencedor, quien los hizo fusilar puestos en fila en la calle principal de Toluca, no dejando con vida más que á uno solo, para que fuese á contar esta terrible matanza á sus compañeros ¹.

Atento el virey á procurar la destrucción del centro revolucionario de Zitácuaro y valorizando en toda su importancia la expedición que era preciso enviar contra el asiento de la Junta Suprema, dió órdenes terminantes á Calleja al principiarse el mes de noviembre para que se pusiese en marcha reuniendo antes todos los elementos que asegurasen un éxito completo.

Pero este hábil general quiso adoptar las medidas que impidiesen, durante su ausencia, la pérdida de las ricas provincias que logrado había conservar bajo su mando y á costa de rudas fatigas en el curso de aquel año (1811), temiendo tanto los esfuerzos que desplegarían en esa sazón los independientes como los deplorables efectos de la desobediencia y celos de algunos jefes realistas. Previno, en consecuencia, al coronel Arredondo que con parte de sus tropas cubriese la importante plaza de San Luis Potosí; solicitó de Cruz que avanzase una división hacia Leon ó la Piedad al mando de Negrete, á quien una serie de brillantes hechos de armas habían dado merecido renombre; y ordenó que el teniente coronel Meneso recorriese el camino de Guanajuato á Querétaro con el fin de asegurar la comunicación entre ambas ciudades. Arredondo, empero, poco dispuesto á obedecer las órdenes que no emanasen del virey mismo, no dió cumplimiento á las prevenciones de Calleja; y en cuanto á Cruz, urgido por una derrota que acababan de sufrir algunas de sus tropas en Jiquilpan ² manifestábase que no le era posible en aquellos momentos desprender de su ejército la división que se le pedía, y mucho menos enviar al coronel Negrete, que enfermo á consecuencia de las fatigas de la campaña, pedía con insistencia su relevo.

Forzoso fué entonces á Calleja organizar su cuerpo de ejército con tropas que guarnecían diversos lugares de las provincias que iba á abandonar. La división de García Conde que estaba en Lagos se movió por orden suya hacia Maravatío, donde debía reunirse á la de Castillo y Bustamante; la que obedecía á Guizarnótegui y que resguardaba á San Miguel el Grande debía tomar la misma dirección; y las más reducidas de Meneso, Viña y Oviedo habían de incorporarse á las anteriores abandonando las líneas que respectivamente custodiaban. El mismo Calleja, á la cabeza de las pocas tropas disponibles que se hallaban en Guanajuato, salió de esta

ciudad el 11 de noviembre dejándola al cuidado del intendente don Fernando Pérez Marañón, hombre poco á propósito para afrontar la difícil situación en que pronto iba á verse colocada aquella populosa ciudad.

Quince días después de la salida de Calleja comenzaron á realizarse los temores de éste, pues el incansable guerrillero Albino García, saliendo de sus guaridas de Valle de Santiago y Salvatierra, donde le hemos visto refugiado á fines de octubre ¹, aparecía en la cumbre del cerro de San Miguel que domina á Guanajuato por el rumbo del Sur. Seguía gran golpe de gente reclutada en las rancherías y pueblos inmediatos, y no tardó en ver engrosadas sus filas con los mineros y parte del pueblo bajo de la ciudad en quienes la causa de la independencia contaba numerosos prosélitos. Desde las primeras horas del 26 de noviembre las fuerzas de Albino García empezaron á dirigir vivísimo fuego de cañón y fusilería sobre la ciudad, sin causar mucho daño, tanto por la distancia á que ésta se halla de la cumbre de San Miguel como por la torpe puntería de los asaltantes.

Pocos eran los defensores de Guanajuato mandados por el conde de Pérez Gálvez, coronel del regimiento de caballería del *Príncipe*, quien por primera vez se hallaba en una acción de guerra, y ejercía las funciones de mayor de plaza don José de Aguirre, sargento retirado del batallón de Guanajuato. Intentaron, sin embargo, atacar por la espalda la posición del enemigo, subiendo para ello una columna por el sendero estrecho y pendiente que con el nombre del *Espinazo* empieza en el barrio del Venado y termina en la cumbre del cerro de San Miguel; pero fueron muertos su jefe el capitán español la Riva y muchos de los que la formaban, y los que salieron ilesos se concentraron precipitadamente en la plaza. Descendieron entonces en ruidoso tropel los insurgentes ocupando parte de la ciudad, y con un cañón que colocaron en la plazuela de San Diego rompieron el fuego sobre las trincheras realistas que sostuvieron con valor tan impetuosa acometida. Por un momento creyeron los pobladores de Guanajuato que la ciudad iba á caer irremisiblemente en poder de los independientes; pero animando á los defensores el español Argonz púsose al frente de los más esforzados, y echándose con arrojo sobre el cañón situado en la plazuela logró apoderarse de él y tomarlo contra los asaltantes. Un repique á vuelo en la parroquia celebró triunfo tan inesperado y desconcertó á los soldados de Albino que más perdieron ánimo al saber que algunas tropas realistas, procedentes de Leon y de Silao, dejábanse ver en aquellos momentos por el camino de este último punto. El temido guerrillero resolvió desde luego retirarse, y así lo hizo con desordenada precipitación dirigiéndose á la hacienda de las Cuevas. «Túvose en Guanajuato por milagrosa esta retirada, dice Alamán, con la que se salvó la ciudad de las calamidades que la

¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 392.

² Cruz daba noticia de esa derrota á Calleja en la siguiente carta fechada el 15 de noviembre y escrita en mal francés: «*Un événement fâcheux vient d'arriver dans Xiquilpan. Un corps de cavalerie fort de 460 a été surpris dans le milieu de la nuit par les fripons. Je suis à présent fort incomodé, cependant que les nouvelles n'ont pas arrivé avec détail.*» (*Campañas de Calleja*, página 134).

¹ Capítulo XV.

amenazaban, las que se habían empezado á sufrir ya con el saqueo de algunas casas de las calles que llegaron á ocupar los insurgentes, y atribuyéndolo á la protección de la Santísima Virgen bajo la advocación de Guanajuato, se colocó en el nicho en que se venera su imagen en la parroquia de aquella ciudad un cañoncito de oro, por recuerdo del que fué tomado á los insurgentes. A poco rato llegó el refuerzo esperado de Leon y de Silao, pero habiendo manifestado los jefes de aquellas fuerzas la intención de retirarse, recelosos de que Albino se dirigiese á aquellos puntos, fué grande la inquietud de los vecinos de Guanajuato, que por su lado temían que volviese y todos se disponían á abandonar la ciudad. ¡Tanto era el terror que inspiraba el manco García en aquella provincia! Sin embargo, se tranquilizaron con dejarles alguna guarnición y con la llegada de las tropas de Jalisco á las órdenes de don Angel Linares y de Quintanar, con lo que pudieron ponerse en mejor estado de defensa.»

No se repitió, empero, el milagro en la villa de San Miguel y en los pueblos de Dolores y San Felipe, que fueron poco después invadidos y saqueados por las partidas de Albino, ni fué visible la protección divina en otros muchos lugares de la rica intendencia que cayeron en manos de los independientes, realizándose por completo los temores que abrigó siempre Calleja y que le hicieron retardar su marcha contra Zitácuaro, á pesar de las órdenes reiteradas de Venegas.

Aquel general, entretanto, había avanzado hasta Acámbaro, donde tuvo una conferencia con Trujillo en los últimos días de noviembre, situándose en seguida en San Felipe del Obraje, donde se detuvo parte de diciembre en espera de los obuses y municiones que debía recibir de la capital del vireinato, y para dar tiempo al movimiento combinado de las tropas de Porlier, que procedentes de Toluca debían concurrir al ataque de Zitácuaro.

Justo es que consignemos en este lugar un hecho heroico que ha perpetuado con legítimo orgullo el pueblo de la antigua Valladolid. Alzábase en la plazuela de las Ánimas de esta ciudad una vieja iglesia destinada á principios del siglo para reclusión de señoras: la esposa del jefe independiente Villalongín, perseguida por el gobierno español, fué encerrada en esa reclusión con la mira de obligar de este modo á su marido á que depusiese las armas. Lejos de que el jefe ya mencionado desistiese con este atentado de sus patrióticos propósitos, y aprovechando la ausencia de Trujillo, quien, como hemos dicho más arriba, se había dirigido á Acámbaro á hablar con Calleja, se presentó un día en las puertas de Valladolid acompañado de una pequeña fuerza, entró en la ciudad á despecho de la guarnición realista, mandada á la sazón por el teniente coronel Sola, llegó á la plazuela de las Animas y extrajo de la reclusión á su esposa con gran sorpresa de los guardias y de la ciudad entera. Salió acto continuo de la pobla-

ción y permaneció todo el día á la vista de ella, sin que Sola se atreviese á atacarlo. Con razón el ayuntamiento de la antigua Valladolid, en 1868, mandó que en memoria de hecho tan insigne la vieja plazuela de las Ánimas se llamase en lo de adelante de *Villalongín*.

Dejando para el próximo capítulo la relación de la marcha de Calleja contra Zitácuaro y del ataque que á ella dirigió en los primeros días de 1812, preciso es que consignemos los principales hechos de guerra que acontecieron en otros rumbos del vasto vireinato en los últimos meses de 1811.

La Nueva Galicia se había mantenido quieta bajo el férreo despotismo de Cruz y gracias á la pericia y actividad de Negrete, que entre todos sus jefes de división era el más distinguido. Destruídas por el jefe español don Miguel de la Mora las máquinas establecidas por los insurgentes en Coalcomán para fundir cañones, y aniquiladas por el pérfido Villaescusa en el extremo opuesto de la vasta intendencia las guerrillas que ocupaban á Acaponeta, la insurrección parecía ahogada allí en la sangre que derramaron á porfía los jefes enviados por el gobierno vireinal. Querétaro gemía bajo el dominio de don Fernando Romero Martínez y don Indefonso de la Torre, ambos españoles, y que después de haberse dedicado al comercio mandaban á la sazón los batallones urbanos levantados en aquella ciudad; y cuéntase del segundo que en una de sus expediciones se apoderó del cerro del Moro, no distante de San Juan del Río, en cuyo sitio se habían refugiado muchas familias de insurgentes de los pueblos inmediatos, en las cuales mandó hacer horrenda carnicería sin distinción de sexo ni edad. Y sin embargo de estas sangrientas correrías, el territorio de Querétaro continuaba henchido de partidas que se comunicaban con las de Guanajuato, Michoacán y la Huasteca, y especialmente con las de Villagrán por el lado de Huichapán ¹.

Don José Manuel Correa, antiguo cura de Nopala, y que había recibido de la Junta de Zitácuaro el grado de brigadier, unas veces al frente de su guerrilla, y otras unido á las de Anaya y de los Villagranes, atacaba los convoyes en el camino de Querétaro á la capital y destrozaba á la tropa realista de Villa del Carbón mandada por el capitán Columna. A fines de noviembre, todas esas guerrillas asaltaban en Calpulalpam y ponían en grande aprieto al coronel realista Andrade, quien al frente de un rico convoy se dirigía á las provincias del interior, debiendo su salvación á la intrepidez de sus soldados. En el distrito de Tampico y la zona de la alborotada Huasteca operaba el coronel realista Arredondo, quien, dividiendo su fuerza en dos secciones, una al mando de don Cayetano Quintero, y otra á las órdenes de don Alejandro Álvarez de Güitán, contenía á duras penas á las partidas insurgentes del indio Rafael ², de

¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 406.

² En un encuentro con la partida de este guerrillero, á fines de

Bisueta y del padre Franco, que no daban punto de reposo á las tropas del rey.

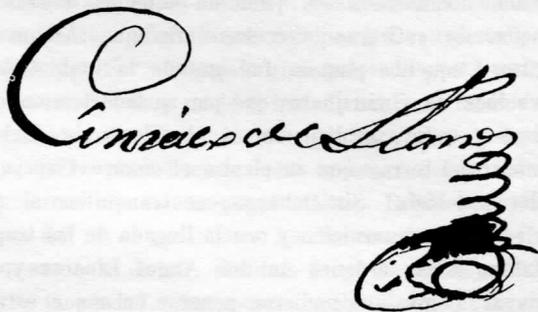
Comunicábanse con esas guerrillas las que desde agosto (1811) se habían alzado en la vasta región conocida con el nombre de los *Llanos de Apam* y que se extiende hacia el norte de México y Tlaxcala. Púsose á su cabeza don Juan Francisco Osorno, hombre de turbios antecedentes, pero de valor reconocido y dotado de infatigable actividad, á quien la Junta de Zitácuaro concedió desde luego el grado de mariscal de campo. Algunos días después se presentó en aquella región don Mariano Aldama, procedente de la Sierra de Querétaro, y que era pariente de don Juan y don Ignacio del mismo apellido, compañeros del ilustre Hidalgo en los primeros días del levantamiento. Unidos Osorno y Aldama extendieron sus correrías hasta la sierra de la intendencia de Puebla, logrando encender la revolución en una considerable extensión del territorio y haciendo sentir su arrojo y valor por donde quiera que hallaban algunas fuerzas realistas. Forzoso fué al virey apercibirse contra estos nuevos y terribles campeones, y en los primeros días de setiembre hizo salir de México una fuerte sección de tropas de marina y voluntarios de Cataluña á las órdenes del capitán de fragata don Ciriaco del Llano, quien llevaba por segundos á los tenientes de navío don Miguel de Soto-Maceda y don Pedro Micheo.

Dirigióse la sección realista hacia los *Llanos de Apam* en busca de Osorno y Aldama, pero éstos, noticiosos de la salida de los realistas, vinieron á su encuentro trabándose ruda pelea en la hacienda de San Cristóbal, de la que resultaron sensibles pérdidas para las tropas de Llano, no obstante que los independientes se vieron forzados á retirarse. Continuó su marcha la columna expedicionaria asentando su cuartel general en el mismo pueblo de Apam, desde el cual hacía Llano frecuentes salidas en persecución de los contrarios, que incansables y audaces, movíanse desde Tulancingo hasta Zacapoaxtla, y tan pronto amenazaban á Calpulalpam como se aparecían temibles y temidos á las puertas de Tlaxcala.

La muerte de Aldama, vilmente asesinado por un tal Casalla que le dió pérfido hospedaje en el rancho de San Blas, dejó á Osorno de jefe principal de los independientes en los *Llanos de Apam*. No tardaron en unírsele don Eugenio Moñtaño, oriundo de Otumba, y don Miguel Serrano, valiente guerrillero, que abandonó el cómodo empleo que ejercía en una de las haciendas del conde de Santiago para exponerse á los peligros de una guerra en la que no era posible esperar cuartel de las tropas vireinales. Con frecuencia batidos y dispersos, Osorno y sus compañeros volvían á reunirse á pocos días, y en esta guerra especial, incesante y dura, fatigaban á los soldados del rey y no les daban tregua ni respiro.

Algunas ventajas, sin embargo, alcanzadas por don

Ciriaco del Llano á principios de octubre, le valieron el grado de coronel, y algún tiempo después el mando de la intendencia de Puebla en sustitución del viejo mariscal de campo don García Dávila. Pero más que sus efímeros triunfos quiso Venegas premiar en Llano la excesiva crueldad que desplegó en sus expediciones militares: «Aumentaba prosélitos á la revolución, dice un autor que disculpa constantemente las atrocidades de los domi-



Facsimile de la firma del coronel realista don Ciriaco del Llano

nadores¹, la conducta cruel y sanguinaria de Llano con los prisioneros y aun con los vecinos de los pueblos, los desórdenes que en éstos y en las haciendas cometía la tropa de marina, y algunas providencias con que el jefe mencionado creyó apagar la insurrección y que no sirvieron más que para encenderla. Entre éstas, puede contarse la orden dada para que no pudiese montar á caballo nadie que no tuviese carácter público, haciendo recoger para remonta del ejército los caballos de los vecinos de los pueblos y de las haciendas. En un país en que la gente del campo casi no sabe dar un paso que no sea á caballo, tal providencia disgustó sobremedida y hubo muchísimos que se decidieron á tomar partido por Osorno con tal de no perder sus caballos, á los que tenían afecto particular.»

La rica Oaxaca había permanecido quieta hasta entonces. En los albores del levantamiento insurreccional aparecieron en aquella apartada provincia dos comisionados de Hidalgo llamados López y Armenta que llevaban el propósito de extender y propagar la revolución; pero descubiertos y condenados á la pena capital sellaron con su sangre la más justa de las causas. Más tarde, los jóvenes Tinoco y Palacios sufrieron la misma suerte por haber intentado una conspiración á favor de la independencia; pero estas cuatro ejecuciones, cuyos motivos ocultaron cuidadosas las autoridades locales, no perturbaron, como arriba dijimos, la tranquila calma de la servidumbre. Al principiar noviembre (1811), un vecino de Tlataltepec llamado don Antonio Valdés, puso en movimiento á los indios de Jamiltepec, dando muerte á diez españoles establecidos en las cercanías; pero cayeron sobre los insurrectos las tropas realistas enviadas de la capital de la provincia al mando del teniente

¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 417, edición de 1850.

setiembre de 1811, fué herido ligeramente en una mano el cadete del regimiento fijo de Veracruz don Antonio López de Santa-Anna.

coronel Ortiz de Zárate y del capitán Caldelas, quienes ahogaron en sangre el levantamiento y quemaron las casas de los indios que habían alzado el grito de la independencia.

Tal era, á grandes rasgos trazada, la situación del vireinato al espirar el año de 1811. Debemos ocuparnos ahora de los movimientos del ilustre Morelos, cuyas hazañas cierran esplendorosamente ese mismo año, tan fecundo en lágrimas y sangre.

Hemos dejado á este denodado campeón de la causa nacional ocupado en organizar sus fuerzas en Chilapa¹ en medio de las asechanzas de encubiertos ú osados asesinos; su nombre, respetado ya por amigos y enemigos, infundía gran confianza en los primeros y muy justo temor al mismo gobierno vireinal. Después de nombrar comisionados que tomasen cuentas á los encargados del manejo de las rentas públicas, de crear la nueva provincia de Tecpam dando á este lugar el título de ciudad y nombrando intendente de ella á don Ignacio Ayala, y de atender á otros mil pormenores que demuestran su incansable actividad, salió el valiente general de Chilapa hacia los primeros días de noviembre, dirigiéndose á Tlapa, donde entró sin resistencia; desde allí destacó una partida á las órdenes de don Valerio Trujano á ocupar el pueblo de Silacayoapam, donde había un destacamento de tropas del rey que fué fácilmente derrotado. Sabedor que en Chiautla (sur de la intendencia de Puebla) estaba situado el español don Mateo Musitu con ánimo de defenderse á todo trance, resolvió marchar en los primeros días de diciembre contra ese punto, de cuya posesión se prometía considerables ventajas.

Morelos, al efecto, dividió su pequeño ejército en tres divisiones, dando el mando de la primera á Galeana y el de la segunda á don Miguel Bravo, previéndoles que se dirigiesen por Huitzucó hacia el *Plan de Amilpas*, mientras él, á la cabeza de la tercera formada de ochocientos indios flecheros y dos compañías de su escolta, marchaba rápidamente contra Chiautla. El jefe de esta plaza, Musitu, que era rico propietario en aquellos contornos, apenas supo que iba á ser atacado se aprestó á una vigorosa defensa: tenía cuatro cañones, á uno de los cuales dió el nombre de *Mata-Morelos*, y con ellos y los elementos todos de guerra que pudo allegar se fortificó en el convento de San Agustín, edificio propio para resistir durante algún tiempo. Apenas se presentó Morelos (4 de diciembre), comenzó el ataque contra el edificio ocupado por los realistas, quienes hicieron una salida, pero pronto se vieron forzados á refugiarse tras los muros del viejo convento. Hasta allí los siguió el jefe independiente trabándose terrible y encarnizado combate en el interior de la improvisada fortaleza. Derrotados los defensores en el patio y corredores bajos, tomaron posición en la escalera y desde allí sostuvieron un mortífero fuego que diezaba las masas

de los asaltantes; al fin, haciendo éstos un furioso empuje, forzaron los atrincheramientos formados en la parte superior y entraron triunfantes persiguiendo á los realistas, que huían despavoridos por los oscuros claustros del convento. Cuatro cañones, parque en abundancia, doscientos fusiles y otros tantos prisioneros¹ fueron el fruto de esta victoria. Musitu, que había desplegado la mayor bravura durante el combate, fué fusilado en el acto sobre sus allanadas trincheras.

La victoria de Chiautla abrió al vencedor el camino hasta Izúcar, cuyos habitantes lo recibieron con grandes demostraciones de regocijo el 10 de diciembre. Entró en la población bajo numerosos arcos de triunfo erigidos violentamente por los moradores de ésta, que siempre se distinguieron por su adhesión á la independencia, y seis días después se le presentó el cura de Jantetelco, don Mariano Matamoros, pidiéndole servir en sus filas, á lo que accedió Morelos desde luego adivinando en el nuevo auxiliar uno de los hombres más esforzados que habían de luchar por la libertad de la patria.

Cundió angustiosa alarma en Puebla cuando llegaron las noticias del desastre de Chiautla y de la entrada de Morelos en Izúcar. De pronto se organizó una fuerza de trescientos hombres al mando del coronel Saavedra, militar oscuro y sin antecedentes. El obispo González del Campillo dió un peso á cada uno de los trescientos soldados de Saavedra y aun llegó á prometerles la remisión de sus pecados si salían á combatir á Morelos, pero á pesar de tanta munificencia, la expedición no llegó á efectuarse y el batallón se disolvió á poco. El coronel Llano, conociendo lo difícil de la situación, hizo venir violentamente la división que al mando de Soto-Maceda recorría los *Llanos de Apam*, y formando con ella una columna de seiscientos aguerridos soldados y tres piezas de artillería ordenó á su jefe que se dirigiese á atacar á Morelos.

Éste, que no esperaba una tan pronta acometida, apenas tuvo tiempo de fortificar el perímetro de la plaza principal de Izúcar, formando parapetos de vigas en las calles que á ella desembocan y colocando gran número de su gente en las azoteas de las casas circunvecinas. Soto-Maceda se situó el 17 de diciembre en el *Calvario*, posición dominante desde la que hizo disparar granadas á los edificios y trincheras defendidas por los independientes, en tanto que su segundo, el teniente de navío don Pedro Micheo, avanzaba con denuedo contra los parapetos que defendían los insurgentes armados de hondas y flechas.

Cinco horas duró este recio combate, al cabo de las cuales Soto-Maceda, herido mortalmente, y su segundo emprendieron una desastrosa retirada perseguidos de

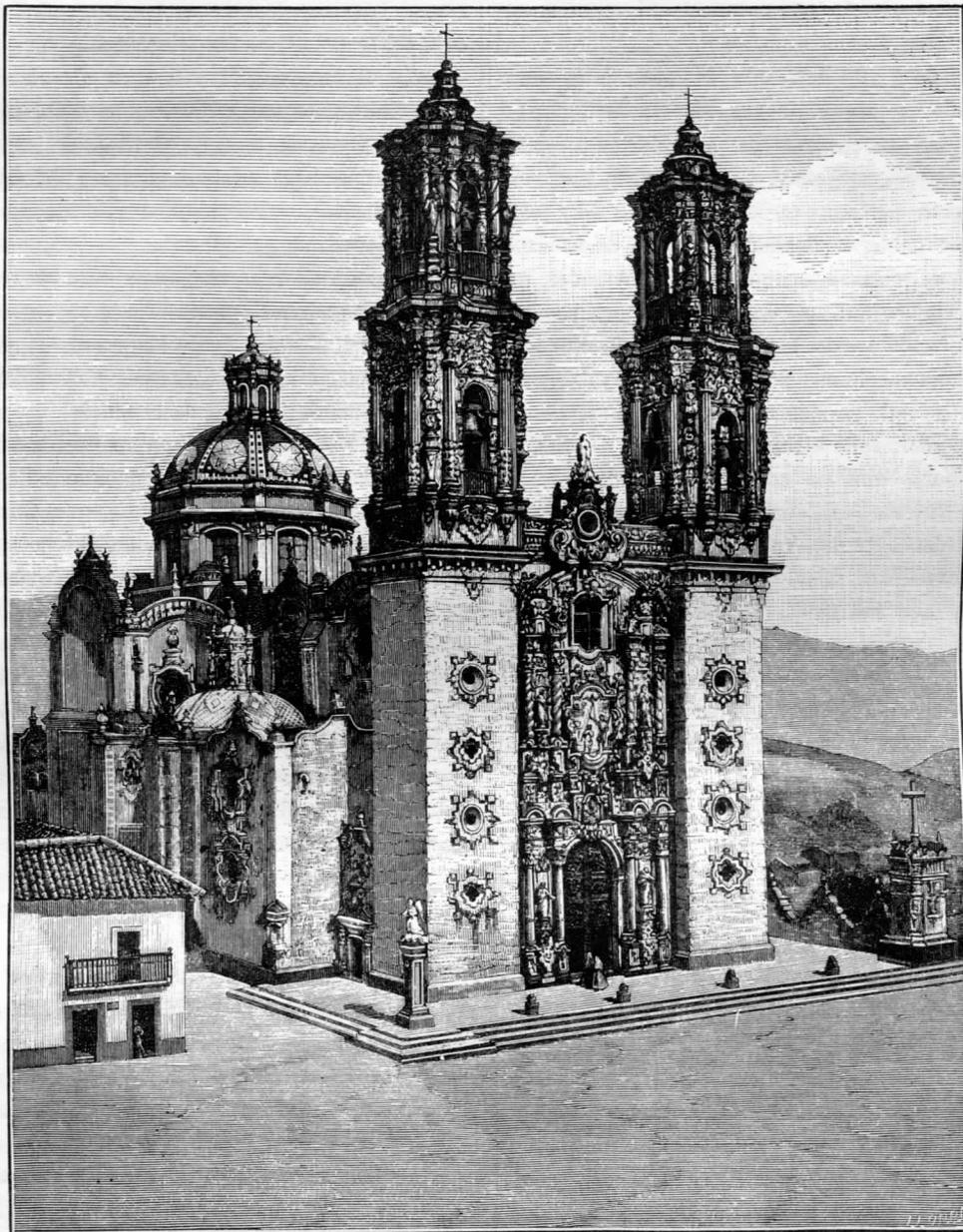
¹ Entre los prisioneros se halló el capellán de Musitu don José Manuel de Herrera, licenciado y cura de Huamaxtitlán. Morelos lo perdonó y le otorgó toda su confianza nombrándolo vicario castrense, lo que le preparó la senda de las dignidades á que llegó en lo sucesivo.

¹ Capítulo XV.

cerca por los vencedores. Llegaron así á la *Galarza*, hacienda situada á cuatro leguas de Izúcar, en el camino de Puebla, y en medio de las primeras sombras de la noche se renovó el combate hasta las diez, en que deshechos los realistas, muertos sus principales jefes, y perdidos sus cañones, huyeron en dirección á Atlixco,

llevando al moribundo Soto-Maceda, que espiró en Cholula dos días después, y dejando en poder del vencedor cien fusiles y gran número de prisioneros que pocos días después fueron puestos en libertad ¹.

Este brillante hecho de armas hizo temblar á Puebla, cuyos habitantes creyeron que Morelos marcharía



Parroquia de Taxco

inmediatamente contra la ciudad, para cuya defensa se dictó por la autoridad militar una serie de enérgicas disposiciones. Pero el hábil general de la independencia supo resistir á la halagadora tentación de ocupar la segunda capital del vireinato, pues la tierra del Sur no estaba dominada por completo, y entrar en Puebla dejando enemigos á la espalda y expuesto á las tropas que hubiesen salido violentamente de la capital del vireinato no era cuerdo ni digno de su pericia. Prefirió

volver á la *Tierra Caliente* para hacerse dueño de ella por completo, y dejando en Izúcar al coronel Matamoros y á los capitanes don José María Sánchez y don Vicente Guerrero ² con la orden de que levantasen nuevas

¹ Véase fragmento de una comunicación del virey Venegas de 20 de diciembre de 1811. (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo III, pág. 456).

² Este distinguido patriota, cuyo nombre asentamos por primera vez, se había unido á Morelos á fines de 1810.

fuerzas, salió de Izúcar con dirección á Cuantla, donde entró sin resistencia el 24 de diciembre.

Mientras el bravo Morelos derrotaba á Musitu y alcanzaba sobre los realistas de Soto-Maceda las notables victorias de Izúcar y la Galarza, sus tenientes Bravo (don Miguel) y Galeana, á quienes hemos visto destacados desde Tlapa con dirección á Taxco, habían desarrollado con felicidad y denuedo el plan de campaña cuya realización se les había confiado: Bravo avanzó sobre las posiciones de Huitzucu, defendidas por los realistas, que huyeron sin intentar la resistencia; y Galeana, marchando á la izquierda de su compañero, se apoderaba de Tepecuacuilco, después de un corta refriega, y ordenaba el fusilamiento de uno de los prisioneros, el español don Manuel Vélez. Sin pérdida de tiempo avanzó contra Taxco, defendida por el comandante García Ríos, también español, y que se había concitado los odios de todos aquellos habitantes por su extremada crueldad é instintos sanguinarios. La toma de Taxco, efectuada en los últimos días de diciembre, fué el suceso de más importancia que cerró el año de 1811; los vencedores se apoderaron en aquel rico mineral de un valioso botín y de gran cantidad de pertrechos de guerra; García Ríos fué fusilado en castigo de las execrables maldades que antes había cometido bajo el pretexto de reprimir á los partidarios de la independencia, y el mismo lamentable fin tuvieron otros once españoles que cayeron en manos de Galeana.

Al mismo tiempo que Morelos y sus impetuosos tenientes vencían á los realistas del Sur, algunos sucesos de relativa importancia ocurrían en la capital del vireinato. Vacante la sede arzobispal desde la muerte de don Francisco Javier de Lizana y Beaumont, que aconteció en los primeros meses de 1811, fué nombrado para sucederle don Antonio Bergosa y Jordán, obispo de Oaxaca, á quien no recomendaban sus pocas luces ni escaso talento, pero que entre todos los prelados de la colonia se había distinguido por su enconosa pasión contra el levantamiento de independencia. Anuncióse su nombramiento en México el 23 de noviembre de aquel mismo año, causando tal noticia profundo desagrado en la gran mayoría de los habitantes de la capital, quienes comprendían que los motivos que produjeron la elevación de un hombre asaz mediano como el obispo Bergosa, no demostraban en los hombres de gobierno de la metrópoli la intención de aplacar con una política conciliadora las terribles agitaciones de que era víctima la colonia.

Igual espíritu dominaba en las disposiciones de Venegas, quien desde el primer asomo de la revolución adoptó una política de terror y de inflexible severidad. Con motivo de una representación hecha á las Cortes de Cádiz por don Francisco Chávarri, don Diego de Agreda y don Lorenzo Noriega, prior el primero y miembros los otros dos del consulado de México, para que se concediese á los americanos el derecho de ser representados

en las mismas Cortes, hubo profunda excitación en la capital: salieron á luz escritos vehementísimos; prodigáronse insultos los partidos, y unidas á este motivo de agitación las noticias de los triunfos alcanzados por Morelos en el Sur, inclinaron al virey á publicar un bando en que se prohibía, bajo severísimas penas, la circulación de manuscritos subversivos, y se hacía extensiva la prohibición á las conversaciones sobre materias políticas. Otro bando del mismo virey, expedido en 30 de noviembre, mandaba que los dueños de *haciendas* hicieran que sus arrendatarios viviesen en el caserío de aquellas fincas, que no tuviesen armas de fuego ni blancas, y no montasen á caballo, sino en mula ó borrico. Disposiciones y órdenes impracticables que nunca llegaron á obedecerse, pero que concitaban odio inextinguible á la autoridad que las promulgaba.

La Junta de Zitácuaro, cuyos actos á fines de 1811 debemos referir, no tardó en verse presa de intestinas disensiones, que más tarde produjeron males sin cuenta á la causa de la independencia. Desconfiaban de Rayón sus mismos colegas, no porque dudasen de su decisión ni de la entereza de sus opiniones, sino porque temían que se arrogase el mando supremo, y de este recelo participaban los principales jefes que rodeaban y sostenían á la Junta. Liceaga, animado de ardiente patriotismo y vaciado en el molde de los republicanos de la vieja Roma, era quien más sombrío se mostraba ante las tendencias del presidente del gobierno. Varias veces hubo lugar á reconciliaciones entre los individuos de la Junta, y con motivo de alguna de ellas escribía Rayón á Morelos, en el mes de noviembre de 1811: «La conducta de mis compañeros ha variado en alguna parte, pues nos hallamos reunidos y removido en cierto modo el principal motivo de mi total disgusto, aunque el genio pueril y carácter débil (de sus colegas en el gobierno) creo no los abandonarán en el resto de sus días.»

Por este tiempo fué cuando el doctor don José María Cos, de quien hemos hablado al referir los trabajos de la Junta de Zitácuaro, se incorporó á este grupo de distinguidos patriotas. Víctima de la desconfianza de Venegas, era enviado de México á Zacatecas á la sazón que interceptaba el camino un sin número de partidas, de las que una, á las órdenes del cura don José Manuel Correa, desbarató la escolta que custodiaba al doctor Cos y lo condujo ante la Junta Suprema, de la que no tardó en ser uno de los más celosos, distinguidos é ilustres auxiliares. «De esta suerte, dice un autor nada sospechoso á favor de la independencia¹, la desconfianza de Venegas precipitó á la revolución á un hombre de gran talento, de ingenio fecundo en invenciones, y que hubiera sido más peligroso de lo que fué, si se hubiera encontrado con gentes más dóciles á sus consejos y más dispuestas á seguir sus buenas ideas.»

¹ ALAMÁN.—*Historia de México*, tomo II, pág. 446, edición de 1850.

Rayón y sus colegas, firmes en la misión que habían aceptado, dieron pruebas de grande energía y decidieron de su suerte al ordenar el fusilamiento del capitán de fragata don Manuel de Céspedes, que habiendo sido hecho prisionero en Tepeji del Río á principios de noviembre, fué conducido á Zitácuaro en compañía de otro español, don Ventura García Otero; y éstos, así como dos mexicanos, fueron sentenciados á muerte y fusilados el 20 de aquel mismo mes. Quiso la Junta explicar los motivos de estas ejecuciones, y en una proclama que por su mandato firmó el secretario del gobierno don Remigio de Yarza decía lo siguiente:

«Procurando proceder en todos los sucesos que han ocurrido en el progreso de la justa causa que defendemos contra los europeos, nuestros opresores, deponiendo al déspota gobierno español que nos tiraniza, conforme á los sentimientos de humanidad y clemencia que nos caracterizan y de las que tenemos dadas públicas é irrefragables pruebas, hemos perdonado generosamente á muchísimos europeos, que después de derramar con inhumanidad é irreligión la inocente sangre de los fieles americanos que han adoptado nuestro sistema, han caído en nuestras manos; y asimismo multitud de criollos desleales que fascinados por las supercherías que prodigan los enemigos, ó por un vil interés, prostituyendo su honor, han seguido sus detestables banderas; pero enseñándonos la experiencia en el espacio de catorce meses que tenemos la desgracia de pelear con tan indómitas fieras, que nuestra indulgencia, lejos de producir la justa recompensa que exige el derecho de guerra y común de gentes, han tratado á los nuestros con el mayor vilipendio, ya dándoles muerte afrentosa sin atender á su calidad y graduación, ya condenando á presidio á centenares que han perecido devorados del hambre y consumidos por el más duro trabajo, insoportable aun á las bestias; hemos venido en conocimiento de que la recta y severa justicia sólo podrá conseguir lo que no ha alcanzado la caridad y misericordia, escarmentando con el castigo condigno á sus delitos á los que, contumaces, trataren de sostener el inicuo y odioso partido del gobierno, ya sean europeos, ya americanos. Y llevando á efecto con bastante dolor tan necesaria providencia, habiendo aprehendido nuestras armas en Tepeji del Río á las personas de José Manuel de Céspedes, natural de Sevilla; Ventura García Otero, de Porto-Novo; Félix Oropilleta, de Veracruz; y José Alejo Vargas, de México; previas sus declaraciones y sustanciación de causas, resultando de ellas reos de lesa nación, y Oropilleta á más sacrílego por haber ejecutado á sangre fría varios homicidios en la iglesia de Jocotitlán, los hemos condenado á la pena del último suplicio que se ejecutará en este día, haciéndoseles saber esta sentencia enfrente de las tropas, y fijándose después por bando en los parajes acostumbrados, para instrucción y escarmiento de las mismas tropas y común de vasallos que forman el pueblo americano, sirviendo al mismo tiempo de pública común amonestación, que el que proclame la gracia de indulto, demora en la ejecución ó cualquiera otra, será castigado con igual pena de muerte. Dada en el palacio nacional de Zitácuaro, sellado de nuestras armas y firmado de nuestro Secretario, en veinte de Noviembre de ochocientos once ¹.»

Hemos copiado íntegro el documento anterior porque éste, como muchos otros de la misma especie procedentes de aquella época aciaga, demuestra que el principio de la salvación pública se invocaba siempre para atenuar la penosa impresión que debían dejar en los ánimos tan repetidas y sangrientas ejecuciones. Pero no en todos los casos se percibía claramente la necesidad de erigir patibulos sin tasa ni medida, y en el de Céspedes, que herido gravemente en el momento de ser aprehendido tenía derecho á gozar de las inmunidades que exigen el valor y la desgracia, no era excusable la precipitación, ni mucho menos digno de defensa el encono que presidió á su condena.

También se mostró airada é inflexible la Junta contra don Tomás Ortiz y sus compañeros don José María Arnaldo y don Juan Santa-Ana. Aquél, sobrino del ilustre Hidalgo y nombrado por éste comandante de los distritos orientales de Michoacán, se había mostrado reacio á las órdenes de la misma Junta, la cual lo redujo á prisión así como á las personas que ya hemos nombrado. Sometidos á juicio por las acusaciones que se les hicieron de robos perpetrados en el desempeño de su misión, fueron condenados á la pena capital, que se les aplicó precisamente el día último de diciembre de 1811. La muerte de Ortiz, como la de Iriarte, que también fué ordenada por Rayón, como hemos visto en su lugar, se imputó á éste en lo sucesivo como un frío y calculado asesinato llevado á cabo con el propósito de quitarse de en medio rivales peligrosos, si bien en el curso de la causa que le formó el gobierno vireinal hizo recaer la responsabilidad de la muerte de Ortiz sobre su colega en la Junta don José María de Liceaga.

El año de 1811, que se abrió bajo tan felices auspicios para las armas vireinales con el triunfo que alcanzaron en el puente de Calderón, que vió morir en Chihuahua á los principales caudillos de la independencia, y que registró tantos y tan sangrientos combates en los anchurosos ámbitos de la colonia, se cerraba sombríamente en medio de lágrimas y de pavorosa matanza. Los presagios de una pronta y fácil pacificación que en sus principios abundaban en los documentos oficiales de los dominadores, no vuelven á aparecer ya en los partes y comunicaciones de origen realista al terminar el año. Y era que la experiencia demostraba á aquéllos que una gran mayoría de los hijos de Nueva España sostenía los sobrehumanos esfuerzos de los propugnadores de la independencia.

De la guerra habían surgido dos hombres que colocados en uno y otro bando habían llegado á encarnar las aspiraciones, las esperanzas y hasta el carácter de cada partido. Calleja había brotado en medio de la desolación de los suyos, aturdidos ante la osadía de los hombres de Dolores, y cuando los primeros creían irremediable su derrota, y cuando la capital misma temblaba ante los vencedores de las Cruces, el general español asestaba

¹ Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, t. III, pág. 434.

rudos golpes á la revolución en Guanajuato, en Calderón y en Zacatecas, y por medio de felices combinaciones aprehendía de un golpe á las más prominentes figuras de la independencía; con pocos elementos, pues que la rivalidad y celos de Venegas le negaban con frecuencia los más indispensables medios de acción, él supo crearlos y servirse de ellos en los momentos más angustiados; animado de saña contra los que juzgaba súbditos rebeldes, prodigó la pena de muerte y dió aliento y creces, con su ejemplo, á la crueldad sanguinaria de sus tenientes; su fuerza estribaba en la disciplina y severidad en que educaba á sus soldados, y en el régimen despótico que establecía y afirmaba donde quiera que ejerciese su vigorosa acción. No es maravilla que el partido español lo aclamase como el destinado á dar cima á la obra de pacificar el reino y que concentrase en él sus más ardientes esperanzas.

Morelos, en el lado contrario, se había revelado precisamente en la hora del mayor infortunio para la causa de la independencía: cuando los cadalsos de Chihuahua y las derrotas de Rayón parecía que ponían fin al atrevido levantamiento, iniciado en setiembre

de 1810, alzábase en el Sur el integérrimo cura de Carácuaro inquietando seriamente al gobierno vireinal con sus rápidas y felices correrías y reviviendo las muertas esperanzas de los patriotas. Sin elementos de ninguna clase, él había podido crearlos en fuerza de su genio admirable, y los engrandecía diariamente con los que arrancaba al enemigo en los campos de batalla. Rodeado de tenientes que con rara penetración había elegido y que secundaban sus planes con prontitud y denuedo, pudo conquistar la ancha zona del Sur y llevar á fines de 1811 el terror de sus armas á pocas leguas de Puebla y de la misma capital del vireinato. Creció su prestigio en proporción de sus victorias, y si la Junta de Zitácuaro dirigida por Rayón continuó siendo el centro respetado y reconocido del levantamiento nacional, Morelos era su más prominente sostenedor y en quien se fijaban desde entonces todas las miradas. Esperábase, pues, que el curso de los acontecimientos pusiese á Calleja y á Morelos, el uno frente al otro, y que la lucha devastadora y encendida se decidiese al fin en terribles y rápidos choques.